

## COLORES Y SILENCIOS

Según Ortega y Gasset, todo depende de las circunstancias, así que permítanme que, en estos momentos, entre el conceptismo de Quevedo o el culteranismo de Góngora, me adhiera al principio quevediano de que “lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Ganamos todos.

Quisiera empezar diciendo que es inútil y casi imposible pretender razonar la obra de un artista, en este caso, de una pintora. La pintura, como toda emoción estética, es algo inefable. Para definirla se precisaría utilizar términos subjetivos y cambiantes; aproximarnos a través de rodeos, de comparaciones o metáforas. La pintura está ahí, a la vista. Sus efectos y su percepción dependen, no ya de quien la creó, sino de quien la perciba. Un cuadro, como un libro, adquiere personalidad propia e infinitamente diversa a partir del momento de su entrega al público. Cuando Chelo pinta, la obra es suya; cuando expone, es nuestra.

Cuando adquirimos una obra de arte, lo más interesante es que cada vez que la contemplamos, y la veremos innumerables veces a lo largo de la vida, además de disfrutar estéticamente, será un momento de recuerdo de su creador, de sentirnos integrados en su capacidad creativa en su buen gusto y sentir que se fortalece un sentimiento de amistad. Por eso, de mi experiencia lo digo, comprar un cuadro no es nunca un gasto, al contrario, es siempre una inversión humana y espiritual de placer. El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, es, ante todo, una muestra sublime de la infinita creatividad humana.

Leonardo da Vinci solía decir que la pintura es una poesía muda y la poesía una pintura ciega, utilizando sentidos diferentes para llegar a nuestra inteligencia. Y Rembrandt, yendo más allá, sostenía que la pintura tiene siempre algo de creación, de sagrado y, por eso, está relacionada con Dios.

Cuando un artista, en este caso una pintora, comienza un cuadro es algo que, en principio, está fuera de él, pero al terminar parece como si el artista quedase encerrado en su obra. Quiero decir que el arte, cualquier arte, se hace como uno es, desde la propia personalidad y desde la manera de entender el mundo en toda su complejidad.

La obra de Chelo que contemplamos en este catálogo, es la entrega que generosamente nos hace el artista de su mundo interior. El dibujo que vertebra el cuadro, los colores, las formas, las luces, son los perfiles del alma de Chelo que nos está diciendo: “Yo soy así y me presento ante vosotros”.

Paul Cezanne, que de esto sabía mucho, decía que no se trata de pintar la vida, se trata de hacer viva la pintura, de manera que haga brotar sentimientos de admiración, de emoción y entrega compartida. Y Picasso, dando un paso al frente, se quejaba de que la pintura era más fuerte que él, que siempre conseguía que hiciese lo que ella quería. Es como reconocer que uno no es como cree que es, sino como nos reconocen los demás.

Un principio de la filosofía escolástica afirma que “contra facta, non valent argumenta”. Contra los hechos, de poco valen las palabras o las interpretaciones. Los hechos, aquí están a la vista. O te gustan o no te gustan y no hay que dar ni pedir más explicaciones.

Suele también decirse que nadie es profeta en su tierra. Chelo, sí lo es, en el Porriño que la vio nacer.

“Carpe diem”, amigos. Disfrutemos de su obra, “mezcla de colores y silencios”, de emociones y comunicación del alma y vida de esta gran artista.

José Carlos Espinosa